

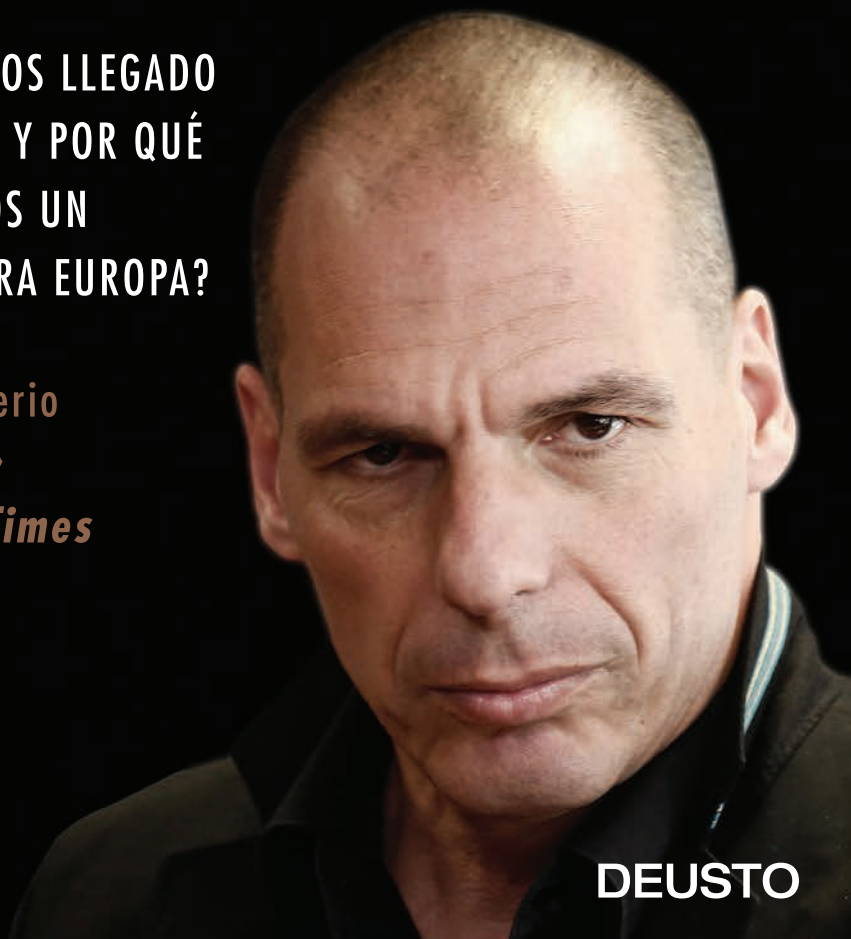
YANIS VAROUFAKIS

¿Y LOS POBRES SUFREN LO QUE DEBEN?

¿CÓMO HEMOS LLEGADO
HASTA AQUÍ Y POR QUÉ
NECESITAMOS UN
PLAN B PARA EUROPA?

«Un texto serio
y enérgico.»

Financial Times



DEUSTO

¿Y los pobres sufren lo que deben?

¿Cómo hemos llegado hasta aquí y por qué
necesitamos un plan B para Europa?

YANIS VAROUFAKIS

Traducido por Mar Vidal



EDICIONES DEUSTO

© Título original: *And The Weak Suffer What They Must?*
Publicado por Nation Books, 2016

© 2016 Yanis Varoufakis
© de la traducción Mar Vidal, 2016

© Centro Libros PAFP, S.L.U., 2016
Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.
Grupo Planeta
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: microbiogentleman.com
Imagen de cubierta: © Bloomberg y © Yavuz Arslan/ullstein bild via Getty Images

ISBN: 978-84-234-2514-3
Depósito legal: B.5.894-2016
Primera edición: abril de 2016
Preimpresión: Victor Igual, sl
Impreso por Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prefacio. La manta roja	11
Capítulo 1. Expulsados	27
Capítulo 2. Una propuesta indecente.	63
Capítulo 3. Peregrinos en apuros	109
Capítulo 4. ¿Caballo de Troya?	147
Capítulo 5. El fugitivo	183
Capítulo 6. Los alquimistas inversos	215
Capítulo 7. Regreso al futuro.	287
Capítulo 8. La crisis de Europa, el futuro de Estados Unidos	343
Epílogo. De la disonancia a la armonía	359
Apéndice al capítulo 7	361
Referencias bibliográficas.	373

Expulsados

Mi filosofía es que todos los extranjeros están para joderlos y que nuestro trabajo es joderlos antes a ellos.

JOHN CONNALLY⁴

Era mediados de verano en Camp David cuando el secretario del Tesoro de Richard Nixon y antiguo gobernador del estado de Texas, John Connally, convenció a su presidente de que desatara su infame Nixon Shock sobre los desprevenidos líderes políticos europeos. Al final de un fin de semana crucial de consultas con asesores clave, el presidente Nixon decidió hacer un sorprendente anuncio en directo por televisión: el sistema monetario global, que Estados Unidos había diseñado y estaba alimentando desde el final de la guerra, iba a ser desmantelado de un plumazo.⁵ En la agenda estaba marcado el domingo, 15 de agosto de 1971.

4. La libidinosa frase de John Connally se cita en Schaller (1996, 1997). Nixon estaba tan impresionado con la perspectiva tan sensata de Connally sobre lo que había que hacer con Europa (y, en menor medida, con Japón) que, según Kissinger (1979), Ambrose (1989) y Hersh (1983) el presidente les pidió a sus confidentes más íntimos que «pensaran cómo demonios podíamos conseguir que [el vicepresidente] Agnew dimitiera pronto» con vistas a sustituirlo por Connally, su «sucesor lógico», como Nixon lo llamaba.

5. El «plumazo» en cuestión era la desvinculación del valor del dólar del patrón oro. Hasta el Nixon Shock, el gobierno de Estados Unidos prometió entregar a cualquiera que tuviera 35 dólares, una onza de oro. Al cortar este vínculo, el dólar ya no estaba atado al oro. Y puesto que todas las otras monedas (como veremos más abajo) estaban conectadas, mediante una tasa de cambio

A las pocas horas de la intervención televisada del presidente, exactamente a la medianoche, un avión de transporte militar despegó de la Andrews Air Force Base rumbo a Europa. A bordo, Paul Volcker, el subsecretario de Connally, viajaba con la intención de enfrentarse a los ministros de Finanzas europeos, que ya estaban todos a punto de sufrir un ataque de nervios.⁶ Mientras tanto, el propio Connally estaba preparando un discurso a la nación antes de volar a Europa para comunicar a una reunión de engraidos primeros ministros, cancilleres y presidentes europeos, que «la partida había acabado». Washington estaba decidida a desconectarse de un sistema financiero global que había diseñado en 1944 y que había estado cuidando cariñosamente desde entonces.⁷

Mientras Volcker se ocupaba de los ministros de Finanzas europeos y los banqueros de Londres y París, intentando calmar sus nervios, Connally transmitía, en vivo y en directo, un mensaje más directo a los jefes de Estado de Europa. En efecto, lo que les decía era: Caballeros, durante años habéis estado despreciando nuestra administración del sistema financiero global de la posguerra, el que creamos para ayudaros a resurgir de las cenizas provocadas por vosotros mismos. Os habéis sentido libres de violar su espíritu y sus reglas. Habéis asumido que continuaríamos, como un Atlas, apoyándolo fuera cual fuese el coste, y a pesar de

fija, al dólar, el anuncio de Nixon equivalía a (A) una declaración de que el sistema monetario global ya no estaba vinculado al oro, y (B) un anuncio del final de las tasas de cambio fijas entre el dólar y otras monedas, principalmente europeas. En efecto, Nixon dejó al mundo atónito al anunciar que el sistema monetario que todos daban por sentado quedaba desmantelado a partir de entonces. Por supuesto, el presidente Nixon disfrazó ese anuncio terrible de agenda doméstica estadounidense: «... un Nuevo Programa Económico que se complete con recortes fiscales y una congelación salarial y de los precios durante noventa días». (Véase Eichengreen, 2011, p. 60).

6. Véase Silber (2012), capítulo 5.

7. Referencia al sistema financiero global conocido comúnmente como Bretton Woods, puesto que se acordó originalmente durante una famosa reunión en tiempos de guerra, en 1944, con el presidente Franklin D. Roosevelt en Bretton Woods, New Hampshire. Véase abajo.

vuestros insultos y actos de sabotaje. Pero ¡os equivocabais! El domingo, el presidente Nixon cortó el cordón que unía nuestro dólar al oro. Y antes de que os deis cuenta, el cordón que une nuestro dólar y vuestras monedas también habrá desaparecido.⁸ ¡Veamos cómo os funcionan ahora las cosas! Mi presentimiento es que vuestras monedas parecerán botes salvavidas echados por la borda de la nave *USS Dollar*, azotados por un fuerte oleaje para el cual nunca habían sido diseñados, chocando entre ellos y, en general, incapaces de encontrar su propio camino.⁹

Y en aquella frase que todavía resuena hoy en Europa, Connally lo resumió todo de manera sucinta, dolorosa y brutal: Caballeros, el dólar es nuestra moneda. ¡Y a partir de ahora, es vuestro problema!¹⁰

8. Durante diez meses después del Nixon Shock, Washington complació a los europeos con negociaciones sobre cómo restablecer las tasas de cambio fijas entre el dólar y las monedas europeas. De hecho, se llegó a un acuerdo (llamado el acuerdo o pacto Smithsonian). Por desgracia, ya era demasiado tarde, y en Estados Unidos, ya ni Connally, ni Volcker, ni desde luego nadie más, creía que el jarrón, una vez hecho añicos, podía reconstruirse.

9. Estas no fueron las palabras exactas de Connally (que no fueron anotadas para la posteridad), pero sí reflejan con bastante exactitud el espíritu del mensaje que les dirigió. Al salir de estas reuniones, cuando se dirigía a los periodistas que cubrían su gira por las capitales europeas, puso una expresión diplomática y engañosa de «americano necesitado». Sus palabras precisas fueron: «Les dijimos que estábamos aquí como una nación que había entregado buena parte de sus recursos, materiales e inmateriales, al mundo, hasta el punto de que, francamente, ahora teníamos déficit, y lo llevábamos arrastrando durante veinte años, y que habíamos drenado tanto nuestras reservas y nuestros recursos que ya no podíamos seguir así y, francamente, teníamos un problema y estábamos acudiendo a nuestros amigos para pedirles ayuda, ya que ellos habían acudido a nosotros tantas veces en el pasado para pedirnos ayuda cuando tenían problemas. Esto es en esencia lo que les dijimos». Transcripción de material de archivo de «Analysis: Dollars and Dominance», de Radio 4 de la BBC, emitido el jueves 23 de octubre de 2008, a las 20.30 h, hora estándar británica.

10. Connally utilizó esta frase precisa en noviembre de 1971 en una reunión de ministros de Finanzas en Roma, en el contexto de una reunión regular del G10. Se informó ampliamente de haber usado esta misma frase, tras puertas cerradas, durante su gira por las capitales europeas el agosto anterior. Véase Crawford y Keever (1973).

Los líderes europeos se dieron cuenta de inmediato de la gravedad de su situación. Reaccionaron rápidamente con una serie de exabruptos que los llevó a cometer un error tras otro, lo que culminó cuarenta años más tarde en las circunstancias actuales de Europa.

Para 2010, Europa se encontraba cara a cara con las consecuencias de cuarenta años de errores acumulados (*véanse* los capítulos 2, 3 y 4). La crisis de su moneda común conocida como el euro se podía rastrear hasta los hechos de 1971, cuando Europa fue expulsada de la «zona dólar» por Nixon, Connally y Volcker.¹¹ La «comedia de errores» con la que los líderes europeos respondieron a su crisis del euro posterior a 2010 (*véanse* capítulos 5 y 6) es también atribuible a la torpe reacción de Europa al Nixon Shock. Por último, como si quisiera confirmar el gusto de la historia por la ironía, hoy, la perdurable incapacidad de Europa de recuperar su entereza después del Nixon Shock dificulta los propios esfuerzos de Estados Unidos por recuperar su posición después del terremoto financiero de 2008.¹²

11. Paul Volcker, que más tarde se convertiría en presidente de la Reserva Federal de Nueva York, antes de que el presidente Carter lo nombrara presidente de la Reserva Federal en 1978, fue fundamental para convencer a John Connally de que convenciera a Nixon de «expulsar» a Europa. No todo el mundo en la administración se alegró. De hecho, Arthur Burns, que había sido nombrado en 1970 presidente de la Reserva Federal por Richard Nixon (y a quien Volcker reemplazó en 1978) usó estas palabras afiladas para decir: «El pobre desgraciado de Volcker —que nunca sabía dónde se encontraba con ningún asunto— había logrado inocular un miedo irracional al oro en su tiránico amo [se refería a John Connally], a quien intentaba complacer constantemente apelando a su miedo a los extranjeros (en particular, los franceses) en vez de a su capacidad (no poco considerable) de razonar lógicamente». Véase Ferrell (2010), p. 65.

12. El 30 de octubre de 2013, Jack Lew, el secretario del Tesoro de Estados Unidos, presentó su *Informe al Congreso sobre las políticas económicas y tasas de cambio*. En él decía que «... el ritmo anémico de crecimiento de la demanda doméstica de Berlín y su dependencia de las exportaciones han dificultado el reequilibrio», acusando esencialmente a Alemania de exportar la depresión económica a la zona euro y, de hecho, a la economía global, lo que obstaculizaba los esfuerzos de EE. UU. por superar la crisis que empezó en 2008 y su negativa a marcharse.

Tardando mucho en llegar

Nixon no accedió a la cruda filosofía de Connally a la ligera. Ni tampoco la filosofía de Connally era tan cruda como le gustaba presentarla. El sistema financiero global de posguerra que el anuncio de Nixon de mediados de verano echó a la papelera de la historia había estado chirriando como un barco a la deriva cuyo inevitable hundimiento amenazaba con llevarse por delante la hegemonía de posguerra de Estados Unidos.

Lyndon B. Johnson, el predecesor inmediato de Nixon en la Casa Blanca, oriundo de Texas y mentor político de Connally, había entendido también que el sistema financiero de posguerra, diseñado por EE. UU., no podía continuar.¹³ En una discusión que mantuvo en 1966 con Francis Bator, su asesor delegado de Seguridad Nacional, el presidente Johnson se mostró firme en que estaba dispuesto a poner fin, y a cortar el vínculo entre el dólar y el oro, del que dependía ese sistema global:

No deflactaré la economía estadounidense, jodiendo mi política exterior a base de destripar ayudas o retirar tropas, ni me volveré proteccionista sólo para que podamos seguir pagándoles el oro a los franceses a 35 dólares la onza.¹⁴

Distraído, sin embargo, con sus programas Great Society, su intensificación de la guerra de Vietnam, y su reticencia a simplemente cargarse un sistema global que los New Dealers habían construido dos décadas antes, Johnson dejó que siguiera funcionando.¹⁵

13. Curiosamente, tanto John Connally como Paul Volcker habían sido demócratas de toda la vida reclutados por Nixon en su administración republicana. Este hecho los enfrentó con una serie de republicanos de la misma administración que unieron fuerzas para convencer al presidente Nixon de que hiciera su impactante anuncio en 1971.

14. Véase Bator (2001).

15. Francis Bator, que trabajó muy de cerca con el presidente Johnson para buscar soluciones sobre Bretton Woods, publicó un artículo en *Foreign Affairs* del momento (véase Bator, 1968) en el que esbozaba detalladamente los planes

También Nixon, una vez en la Casa Blanca, intentó retrasar lo inevitable. A pesar de que su peleón equipo de legisladores estaban acercándose cada vez más al punto de vista que el Sistema monetario global estaba roto, sus advertencias por sí solas no habrían bastado para convencer a Nixon de que soltara su Shock (y a John Connally) sobre los aturridos europeos.

De hecho, como veremos más adelante, hicieron falta varios gestos agresivos de los franceses, los alemanes y los británicos, entre 1968 y el verano de 1971, para liberar su mano. Fueron imprudentes desafíos a la gestión americana del capitalismo global que dieron a Connally y a «ese maldito Volcker»¹⁶ la oportunidad de dejar claro al presidente que no había alternativa: tenía que abandonar el sistema monetario internacional conocido como Bretton Woods y tenía que deshacerse de Europa con él.

¿Podían haber sido distintas las cosas? Todo el mundo sabía que el sistema financiero global de posguerra de Bretton Woods había quedado debilitado por potentes fuerzas económicas subyacentes que escapaban al control tanto de Estados Unidos como de Europa. El error de Europa había sido que, en vez de intentar reformar un sistema fallido a base de negociar, sus líderes invirtieron demasiado esfuerzo en una mano perdedora contra una clarísima hegemonía.¹⁷ Ahora deberían sufrir las consecuencias. Y, desde luego, Europa las sufrió. De hecho, Europa las sigue su-

de la administración para llevar a cabo una transformación gradual de Bretton Woods. La idea era introducir mucha más flexibilidad en el sistema, pero sin «fastidiarlo», puesto que su desintegración repentina provocaría un enorme perjuicio social tanto dentro como fuera de EE. UU.

16. Esta caracterización de Volcker es de Richard Nixon. Lo llamó así cuando se enteró de que Volcker podía ser el responsable de una noticia filtrada al *The Wall Street Journal*, en el sentido de que EE. UU. se enfrentaba a una «tremenda crisis en el frente monetario internacional». Nixon temía que Volcker hubiera filtrado la noticia para presionar a Connally para que hiciera aquello que, al final, haría el propio Nixon el 15 de agosto de 1971: poner fin al sistema de Bretton Woods!

17. A continuación encontramos una explicación completa tanto de las fuerzas económicas que debilitaron el orden financiero global de la posguerra diseñado por Estados Unidos, como de los errores estratégicos de los europeos.

friendo todavía hoy, desde Dublín hasta Atenas y desde Lisboa hasta Helsinki.

Una idea simple para una Europa golpeada

El sistema financiero que el presidente Nixon «fulminó» en 1971 había nacido en julio de 1944 en las salas de reuniones del hotel Mount Washington, situado en la localidad de Bretton Woods, en New Hampshire. Aquel idílico escenario no podía chocar más con las novedades a base de sangre y hierro que afectaban Europa y el Pacífico.

El día D sólo había ocurrido tres semanas antes de la conferencia de Bretton Woods, y su terrible resultado todavía no había sido digerido por decenas de miles de familias destrozadas, la mayoría estadounidenses. Durante la conferencia en sí, el Ejército Rojo liberó Minsk con un enorme coste en vidas humanas, las fuerzas aéreas estadounidenses bombardearon intensamente Tokio por vez primera desde 1942, Siena cayó ante las tropas argelinas bajo el mando del general Charles de Gaulle, y los cohetes V1 atacaban Londres sin piedad. El 20 de julio, el día antes de que la conferencia de Bretton Woods fuera clausurada con éxito, Claus von Stauffenberg dirigió la Conspiración Rastenburg para asesinar a Hitler. Aunque los conspiradores fallaron, el desenlace estaba escrito. Julio de 1944 era, sin lugar a dudas, el momento adecuado para que los aliados empezaran a planificar el orden de las cosas posterior a la guerra.

Regresando a casa con las cabezas llenas del conflicto y una considerable incertidumbre sobre su postura en el orden de posguerra, los delegados de las cuarenta naciones aliadas que habían asistido a la conferencia elaboraron un impresionante pacto financiero en el espacio de tres semanas. Esperando que en Europa acabara el ruido de sables, y antes de que la Unión Soviética hubiera aparecido como el dragón al que cortarle la cabeza, los New Dealers en el poder comprendieron que Estados Unidos estaba a punto de heredar la responsabilidad histórica de rehacer el capitalismo global a su imagen y semejanza.

En la ceremonia de inauguración de la conferencia, el 1 de julio de 1944, el presidente Roosevelt declaró el abandono de su administración de cualquier resto de aislacionismo estadounidense: «La salud económica de cada país —anunció— es un asunto de preocupación propio de todos sus vecinos, cercanos y lejanos». Claramente, Estados Unidos —el único país que emergía de la guerra (excepto, tal vez, por la intrascendente Suiza) con su sistema monetario intacto, su industria floreciendo y con un nivel saludable de superávit— tenía la intención de adoptar bajo su ala un mundo devastado por la guerra.

Una de las víctimas de la guerra en Europa fue el dinero. Los regímenes asociados a los nazis en los países ocupados habían impreso tanto papel de las monedas locales, para apoyar el esfuerzo bélico del Eje, que el dinero en los bolsillos de los europeos no valía ni tan siquiera el papel en el que estaba impreso. Y hasta en los países que habían esquivado la ocupación, como Gran Bretaña, los costes de la guerra y el colapso del comercio habían conducido a una combinación de endeudamiento del gobierno y destrucción del valor que anulaban el valor de la moneda, al menos en el terreno del comercio internacional. En resumen, el dólar era la única moneda que seguía en pie y era capaz de lubricar el comercio internacional.

Washington comprendió que su primera tarea, una vez derrotados los ejércitos alemanes, era remonetizar Europa. Pero esto era, por supuesto, más fácil de decir que de hacer. Con el oro de Europa gastado o robado, sus fábricas e infraestructuras arruinadas, hordas de refugiados merodeando por sus carreteras principales y secundarias, y los campos de concentración todavía apestando con el hedor de la inimaginable crueldad humana, Europa necesitaba mucho más que un papel moneda recién acuñado. Algo tenía que dar *valor* a los nuevos billetes. Y no fue extraño que a los New Dealers se les ocurriera una idea muy simple de lo que ese «algo» debía ser: el dólar. Norteamérica estaba dispuesta a compartir su billete verde con los países Europeos que habían quedado, al finalizar la guerra, bajo su paraguas geopolítico.

En la práctica, eso suponía nuevas monedas europeas respaldadas por dólares a un tipo de cambio fijo, de modo que todo el

mundo podía saber qué cierta cantidad de marcos alemanes, de francos franceses, de libras esterlinas, o hasta de dracmas griegos, valdrían un número de dólares constante y predeterminado. Sería este apoyo del dólar lo que impartiría inmediatamente valor global al nuevo dinero de Europa.

¿No presentaba esto un riesgo de devaluar el dólar? Si el dólar tenía que ser el ancla de las nuevas monedas Europeas, ¿qué aseguraría el valor del propio dólar? Recurriendo a una larga tradición de «vincular» el dinero en papel a metales preciosos que ningún alquimista era capaz de falsificar, la respuesta fue: Estados Unidos garantizaría una tasa de cambio fija, y la plena convertibilidad, entre el dólar y el oro que atesoraba en un búnker debajo del edificio de la Reserva Federal de Nueva York, y también en Fort Knox.

Era una idea simple para un mundo todavía más simple: al portador de un puñado concreto de dólares (35 dólares fue el número finalmente elegido) se le iba a ofrecer el derecho no específico a una onza de oro propiedad de Estados Unidos, sin importar su nacionalidad o lugar del planeta. De la misma forma, el portador de otro puñado del nuevo dinero de Europa tendría a su vez el acceso garantizado a una cantidad concreta de dólares, lo que a su vez le garantizaría el acceso al oro estadounidense. En esencia, los billetes verdes apoyados en el oro se convirtieron en el apoyo de las monedas de un nuevo sistema financiero global que ha pasado a la historia, pomposamente, como el sistema Bretton Woods.

El alumno que ganó al maestro

En las negociaciones de Bretton Woods, Harry Dexter White representó al presidente Franklin D. Roosevelt. Su misión consistió, principalmente, en mantener a raya a los ambiciosos Europeos que trataban de inclinar el diseño del nuevo sistema financiero a su favor. White era un New Dealer comprometido y un economista keynesiano.¹⁸ En un delicioso giro del destino, el

18. White había obtenido su doctorado de economía en Harvard y había servido en el Tesoro norteamericano como ayudante del secretario Henry Mor-

único europeo al que tuvo que enfrentarse en Bretton Woods fue a un tal John Maynard Keynes, enviado a Bretton Woods por el gobierno de unidad de Winston Churchill para representar al último y decadente imperio de Europa.¹⁹

Keynes lo tenía todo planificado desde mucho antes de su llegada a Estados Unidos. Iba equipado con una percepción agudísima de las maneras del capitalismo global, un dominio singular de las fuerzas económicas que habían provocado la Gran Depresión, un plan espléndido para reformar las finanzas globales y, finalmente, pero no menos importante, el dominio del lenguaje de un poeta y el talento para la narración de un novelista.²⁰ La

genthau. Internacionalista comprometido, no sólo ayudó a crear el FMI (que, como el Banco Mundial, había sido diseñado en Bretton Woods, como instituciones gemelas pilares del Sistema), sino que además fue su primer director ejecutivo. En 1947 dimitió repentinamente bajo una nube de insinuaciones de que había actuado como espía soviético. Murió al año siguiente de un ataque al corazón.

19. La guerra provoca sin duda extraños compañeros de cama. En 1925, John Maynard Keynes redactó un panfleto, titulado *The Economic Consequences of Mr Churchill* («Las consecuencias económicas del señor Churchill»), vaulpuleando a Churchill (que en 1943 lo mandaría a Bretton Woods a representar a su gobierno) por haber arrastrado de nuevo a Gran Bretaña al patrón oro. En aquel panfleto, Keynes defendía que la libra había sido vinculada a un valor demasiado alto respecto del oro, y pronosticaba, de manera precisa, que el patrón oro acabaría siendo una esclavitud para la economía británica y provocaría una interminable e innecesaria recesión. Podemos dar crédito al panfleto de Keynes por haber restado apoyo al patrón oro, entre los líderes de opinión, hasta el punto que, siguiendo al crac de 1929, Gran Bretaña estuvo entre los primeros países en salir del patrón oro. Lo hizo en 1931 para recuperarse de la Gran Depresión, dos años antes de que el presidente Roosevelt sacara también a Estados Unidos del mismo. Tal vez valga la pena mencionar también que el título del panfleto antes mencionado era un juego de palabras con el primer libro que hizo famoso a Keynes: *Las consecuencias económicas de la paz*, publicado en 1919, que advertía proféticamente de que las duras reparaciones impuestas por el Tratado de Versalles a una Alemania derrotada provocarían tanto dolor a los vengativos vencedores como a Alemania.

20. De joven, cuando había observado los actos del Tratado de Versalles, Keynes escribió *Las consecuencias económicas de la paz*, un panfleto que predecía proféticamente cómo el duro tratamiento a la derrotada Alemania después

única persona en la conferencia de Bretton Woods que podía negarle la gloria de poner su sello en el nuevo sistema global era su discípulo americano, Harry Dexter White. Y eso fue precisamente lo que hizo White.

La propuesta de Keynes resumaba poderío intelectual. White estaba desbordado con el poder que le habían investido los poderes económicos y militares de Estados Unidos. Keynes defendía un sistema global que podía estabilizar el capitalismo durante un período fabulosamente largo de tiempo. El informe de White consistía en forzar un sistema consistente con la potencia recién descubierta de Estados Unidos, pero solamente viable mientras Estados Unidos siguiera siendo la extraordinaria nación del superávit.

Fue, por tanto, inevitable que los dos hombres se enfrentaran y que White se impusiera, aunque Keynes logró convencer a su adversario de todos los puntos teóricos que importaban.

Y así ocurrió que, en julio de 1944, con el día D todavía muy presente en la memoria, con las tropas estadounidenses avanzando todavía tanto por Europa como por el Pacífico, y con el resto del mundo en deuda con Estados Unidos, Keynes regresó a Londres como un hombre derrotado, negándose a comentar ni a dar ningún tipo de detalle sobre el acuerdo que finalmente se impuso por el lado americano,²¹ ni sobre su plan que White había hecho trizas en el hotel Mount Washington.

de la primera guerra mundial, provocaría una potente caída económica en toda Europa (véase Keynes, 1920). En 1936, las visiones del capitalismo de Keynes fueron reflejadas en su magistral *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (véase Keynes, 1936). Para septiembre de 1941 Keynes había infundido estas ideas en un «plan» para el futuro del capitalismo global que presentó en Bretton Woods en 1944 (véase Keynes, 1980). Su aportación a la tarea que él y sus compañeros de negociación habían emprendido en la conferencia de Bretton Woods queda resumida en esta frase: «Tuvimos que llevar a cabo al mismo tiempo las tareas del economista, del financiero, del político, del periodista, del propagandista, del abogado, del estadista y hasta, creo, del profeta y del adivino». (Véase Moggridge, 1980, p. 101).

21. El sistema de Bretton Woods que, al final, fue instituido en la conferencia, se explica al completo más abajo.

Al poco tiempo, Keynes dedicó las energías que le quedaban en otra negociación con los New Dealers de Washington, en una conferencia en Savannah, Georgia, esta vez en una apuesta por convencerlos de reducir las enormes deudas de guerra de Gran Bretaña. El asunto no fue bien. Durante la negociación, que Keynes describió como «un infierno», sufrió su primer ataque al corazón. Poco después de regresar a Inglaterra, con sesenta y dos años de edad, otro ataque al corazón acabó con su vida.

Y los débiles sufren lo que deben ...

Cuarenta años más tarde, en 1988, mientras revisaba los artículos y libros de Keynes en el King's College de Cambridge, encontré un ejemplar de *La guerra del Peloponeso* de Tucídides en el griego antiguo original. Lo cogí y hojeé sus páginas rápidamente. Allí estaba, subrayado a lápiz, el famoso pasaje en el que poderosos generales atenienses explicaban a los indefensos melios por qué «los derechos» «son sólo pertinentes entre iguales en el poder» y, por ese motivo, estaban a punto «de hacer lo que les daba la gana con ellos». Era porque «los fuertes, en realidad, hacen lo que pueden, y los débiles sufren lo que deben».²²

Durante la primavera de 2015 estas palabras resonaban en mi cabeza, mientras me encontraba frente a la troika de prestatarios a Grecia y su compromiso inflexible de aplastar nuestro gobierno para disuadir a otros que pudieran fantasear con la idea de soberanía. Estoy convencido de que en Bretton Woods, las mismas palabras también debieron de retumbar en la cabeza de Keynes. Sin embargo, me pregunto si él estuvo también tentado de dirigirse a White con una versión de un verso de los melios que, en un esfuerzo por salvarse, intentaron apelar al interés de los atenienses:

«Entonces, en nuestra opinión (puesto que nos obligáis a basar nuestros argumentos en el autointerés, más que en lo que es

22. Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Libro 5, verso 89: «... δυνατὰ δὲ οἱ πρῶτοντες πράσσουσι καὶ οἱ ἀσθενεῖς ξυγχαροῦσιν».

correcto) es útil que no debáis destruir un principio que favorece al bien general, en concreto, que a los que se encuentran atrapados en las garras del infortunio se les permita [...] prosperar más allá de los límites establecidos por el cálculo preciso de su poder. Y es un principio que no os afecta menos, puesto que *vuestra propia caída sería visitada por la más terrible de las venganzas, contemplada por el mundo entero*». ²³ [cursivas del autor]. En el caso de los arrogantes atenienses, estas palabras seguro que hicieron eco años más tarde cuando sus enemigos mortales, los espartanos, treparon por las murallas de Atenas dispuestos a destruirla. Tal vez fuera así también como se sentían los New Dealers supervivientes a mediados de la década de 1960, cuando el sistema de Bretton Woods que White había forzado a adoptar contra la opinión más lógica de Keynes, empezó a resolverse. Para entonces era, por supuesto, demasiado tarde para hacer nada por él y, en vista de las reacciones torpes y obstinadas de los europeos, el Nixon Shock se volvía más inevitable a cada día que pasaba.

Cuando llegó, el Nixon Shock procuró que Estados Unidos, a diferencia de Atenas, siguiera disfrutando de las trampas de la hegemonía incontestada, al menos hasta 2008. Esto era, en esencia, lo que John Connally le había propuesto a su presidente: «¡Jodámoslos antes de que nos jodan ellos a nosotros!». Europa y Japón acabaron, por tanto, terriblemente «jodidos», ²⁴ pero lo mismo le ocurrió al proyecto político de los New Dealers que habían dejado de lado las propuestas de Keynes en 1944.

De hecho, después de 1965, los New Dealers y sus sucesores perdieron todas las batallas domésticas contra las que lucharon los republicanos renacientes. Su abyecto fracaso a la hora de revi-

23. Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Libro 5, verso 90, traducido a partir de una traducción libre del autor.

24. La desequiparación del dólar del yen, del franco y el marco alemán, provocó que los fabricantes europeos y japoneses perdieran su ventaja respecto de las multinacionales estadounidenses (cuando el dólar se hundió). Mientras, el precio del petróleo en dólares se disparó, poniendo todavía más en peligro a los fabricantes europeos y japoneses, cuya exposición a las importaciones de crudo extranjero era siempre mayor que la de los productores estadounidenses.

vir el espíritu del New Deal, hasta por parte de los presidentes demócratas que hubieran querido resucitarlo (como Jimmy Carter, Bill Clinton o Barack Obama), puede claramente remontarse a su rechazo de las propuestas de Keynes en 1944.²⁵

Reciclaje de los buenos tiempos

La propuesta de Keynes era internacionalista y multilateral hasta la médula. Era conocedora de la historia (por la catástrofe de 1929 que el patrón oro había provocado) y teóricamente estaba apuntalada por una idea obvia para todo el mundo, excepto, por supuesto, para la mayoría de economistas profesionales: *que el capitalismo global difiere fundamentalmente de la economía solitaria de Robinson Crusoe*.

Una economía cerrada y autárquica, como la de Robinson Crusoe en la literatura, o tal vez la actual de Corea del Norte, puede que sea pobre, solitaria y poco democrática, pero al menos está libre de los problemas provocados por los déficits o superávits externos.²⁶ En contraste, todas las economías modernas pueden esperar encontrarse en una relación económica asimétrica con las demás. Pensemos en Grecia en relación con Alemania, en Ari-

25. Tal vez el epitafio más impresionante de la propuesta de Keynes llegó en 2011, en medio de la crisis del euro. He aquí cómo la describí en el epílogo de mi libro *El Minotauro global*, véase Varoufakis (2013): «Me quedé muy sorprendido, el otro día, cuando escuchaba por la radio una entrevista con Dominique Strauss-Kahn, el director del FMI, que respondía a la pregunta de un periodista sobre cómo había que reconfigurar la economía global después de la crisis de 2008. Su sorprendente respuesta fue: «Nunca en el pasado había sido una institución como el FMI tan necesaria como hoy... *Keynes, hace sesenta años, ya predijo lo que era necesario; pero era demasiado pronto. Ahora es el momento de hacerlo. ¡Y creo que estamos preparados para hacerlo!*». [cursiva del autor]. La fecha era el 21 de enero de 2011. Al cabo de cuatro meses, Strauss-Kahn fue obligado a dimitir de su cargo al frente del FMI, a consecuencia de su arresto en un hotel de Nueva York, a raíz de unas acusaciones de agresión sexual que posteriormente serían retiradas.

26. Véase George Krimpas, «The Recycling Problem in a Currency Union», que aparece como Adenda al capítulo 12 de Varoufakis *et al* (2011).

zona en relación con la vecina California, en el norte de Inglaterra y Gales en relación con el área metropolitana de Londres, o, desde luego, en Estados Unidos en relación con China, todos ellos casos de desequilibrios con un impresionante poder de permanencia. Los desequilibrios, en resumen, son la norma, nunca la excepción. Arreglar la tasa de cambio entre economías cuya balanza comercial está insistentemente desequilibrada es una receta para el desastre.

En 1944 Keynes admitió que, a la vista del terrible estado de Europa, no había alternativa a un régimen de tasas de cambio fijas que se apoyara ampliamente en el dólar. No obstante, aunque «dolarizar» Europa resolvería un problema, un sistema de tasa fija de cambio basado en el dólar acabaría creando otras desventuras, desventuras que darían como resultado, tenía la sensación, unos desequilibrios comerciales que acabarían creciendo con efectos terribles, primero para los países deficitarios, y luego para todos los demás. Pero ¿por qué temió Keynes que dolarizar a todo el mundo provocaría el descontrol de los desequilibrios comerciales?

La lógica de Keynes sobre el porqué las tasas de cambio fijas engendrarían inestabilidad en un mundo de superávits y déficits persistentes, era indiscutible. Y emanaba directamente de la experiencia de los acontecimientos que llevaron a la Gran Depresión, que los New Dealers entendían tan bien.

De la misma manera que la deuda de una persona es el activo de otra, el déficit de una nación es el superávit de otra. En un mundo asimétrico, durante los buenos tiempos los bancos ayudan a mantener cierta apariencia de equilibrio: el dinero que amasan las economías con superávit, de vender más productos a las economías deficitarias de los que les compran, se acumulan en sus bancos. Luego estos bancos tienen la tentación de prestar buena parte del dinero a los países o zonas deficitarios, donde los tipos de interés son siempre mayores porque el dinero es mucho más escaso. Y si la tasa de cambio es fija, los bancos prestan más al país deficitario sin preocuparse por la perspectiva de una devaluación que dificultará la devolución del préstamo a los deudores del país deficitario.

Los banqueros, en ese sentido, son recicladores de los superávits de los buenos tiempos. Se aprovechan de llevarse una parte del dinero excedentario de las naciones con superávit y de reciclarlo en las naciones deficitarias. Y si se determina una tasa de cambio fija, se ponen histéricos, transfiriendo montones de dinero a las zonas deficitarias mientras las nubes de tormenta están ausentes, el cielo está azul y las aguas financieras en calma. Su «línea de crédito» permite a los que están en déficit seguir comprando más y más cosas a las economías excedentarias, que prosperan con su festival de exportaciones. Las empresas de importación-exportación crecen por todas partes, los ingresos se disparan tanto en los países excedentarios como en los deficitarios, la confianza en el sistema financiero crece, los superávits aumentan y los déficits se hacen más profundos.

Mientras el buen tiempo financiero continúa, el reciclaje de los superávits de los buenos tiempos dura. Lo único es que no puede durar para siempre. Con la certeza y la brusquedad que una pila de arena, se derrumbará cuando se le añade el grano de arena crítico; es decir: el comercio financiado por el comercio sufrirá siempre un espasmo repentino y violento. Nadie puede predecir cuándo, pero sólo los tontos pueden dudar de que ocurrirá. El equivalente al grano de arena crítico es un contenedor lleno de productos importados que el importador insolvente no reclama, o a un préstamo que un constructor sobreapalancado no paga. Una quiebra de este tipo en un país deficitario puede bastar para provocar un torbellino de pánico entre los bancos de las naciones con superávit.

De pronto, los confiados banqueros trotamundos empiezan a temblar. El prestamismo relajado se convierte en la negativa a dar crédito. Los importadores, los promotores, los gobiernos y los ayuntamientos de las regiones deficitarias, que habían acabado dependiendo de los bancos, se quedan en la estacada. El precio de la vivienda se hunde, las obras públicas se abandonan, los edificios de oficinas se convierten en torres fantasma, los comercios cierran, los ingresos se esfuman y los gobiernos, como era de esperar, lo anuncian: llega la austeridad. De la noche a la mañana los banqueros empiezan a acumular «préstamos fallidos» del ta-

maño del Himalaya. El pánico alcanza su ensordecedor crescendo y las palabras inimitables de Keynes vuelven a resonar: «Tan pronto como se desata la tormenta» los banqueros se comportan como «un marinero de buen tiempo» que «abandona el barco que lo podría llevar a la salvación por su prisa por tirar a su vecino por la borda y quedarse él a bordo».²⁷

El destino del reciclaje de superávits de los buenos tiempos es provocar un crac y ocasionar una parada total de cualquier reciclaje. Esto es lo que ocurrió en 1929. Es también lo que ha estado ocurriendo desde 2008 en Europa.

Reciclaje político de los superávits o barbarie

Cuando el valor del dinero de un país es flexible, funciona como un amortiguador que absorbe el impacto de la crisis bancaria provocada por un comercio y unos flujos monetarios insostenibles. Cuando las prácticas bancarias insostenibles provocaron la quiebra de Islandia en 2008, su moneda se desplomó, el precio del pescado que Islandia exporta a Canadá y Estados Unidos bajó al mínimo, los ingresos se recuperaron y, lo más importante, las deudas denominadas en la moneda local se encogieron (al menos en términos de dólares, euros y libras). Es por eso que Islandia se recuperó tan rápido después de ese golpe terrible.

Pero cuando la moneda de un déficit nacional se intercambia en proporciones inmutables con la moneda de sus socios comerciales excedentarios, su valor internacional queda fijo. Eso suena estupendamente si vives en un país así y posees mucho de su dinero, pero es terrible para la inmensa mayoría de la gente, que tiene poco del mismo. Una vez que empieza la secuencia de bancarrotas, los ingresos están destinados a caer mientras la deuda privada y pública a los bancos extranjeros se queda igual. El precio de una tasa de cambio fija es un Estado en bancarrota y su abrazo mortífero a los ciudadanos arruinados y un sector privado

27. Véase Keynes (1932).

insolvente. Un bucle de destrucción, un torbellino de horror que llevan a la mayoría a volverse esclavos de la deuda, al país al estancamiento y a la nación a la ignominia.

John Maynard Keynes lo sabía demasiado bien.²⁸ Y también Harry Dexter White, que había vivido la desolación de la década de 1930 que le dio una experiencia de primera mano de lo que ocurre cuando cae la carga de los ajustes, aplastando a los más débiles: los deudores que languidecen en las zonas deficitarias en las que los ingresos son cada vez más exiguos, la inversión desaparece, y lo único que crece es el agujero negro de la deuda y de las pérdidas bancarias. White lo entendió perfectamente, de la misma manera que los griegos, los irlandeses, los españoles y un buen puñado de europeos lo entienden hoy.

Y porque White apreciaba este problema estuvo de acuerdo con Keynes sobre un punto muy importante: en el sistema global que estaban diseñando había que introducir cierto mecanismo *alternativo* que absorbiera el golpe. Un sistema que el patrón oro no tenía en la década de 1920 y que, trágicamente, la Europa de hoy necesita desesperadamente. Un mecanismo capaz de intervenir en el momento en que desaparece el reciclaje de excedentes de los bancos en los buenos tiempos, de modo que pueda impedir que el bucle de destrucción se apodere de todo y hunda primero a los países deficitarios, y luego al capitalismo global, en otra espiral de depresión y de conflicto bárbaro. ¿Cuál tenía que ser este mecanismo? La respuesta fue: un conjunto de instituciones políticas que interviniera y reciclara los excedentes una vez que el reciclaje de excedentes de los buenos tiempos quedara encallado.

Los New Dealers, a los que White representaba en Bretton Woods, ya habían atajado ese problema en el contexto estadounidense. Habían creado instituciones cuya función era, en mo-

28. En palabras pronunciadas en 1941 por Keynes, sobre las tasas de cambio fijas, «... la carga de los ajustes [caerá] sobre el país que tiene el papel de deudor en la balanza internacional de pagos; es decir, sobre el país que es (en ese contexto) hipotéticamente el más débil y, por encima de todo, el más pequeño en comparación con el otro lado de las balanzas con (en ese sentido) el resto del mundo» [énfasis original]. Keynes (1980, p. 27).

mentos de crisis, reciclar automáticamente los excedentes hacia donde más se los necesitaba. Reciclaje político de superávits, en pocas palabras. El motivo básico del New Deal, que había precedido la conferencia de Bretton Woods en una década, era precisamente este: la seguridad social, una estructura de seguro de depósito federal (gestionado por el FDIC)²⁹ para todos los bancos de todos los estados, el Medicare, los cupones alimentarios para los más necesitados, el presupuesto militar, etcétera, eran instituciones orientadas al reciclaje político del superávit con el objetivo de combatir la Gran Depresión y de evitar que volviera a repetirse.³⁰

El impacto terapéutico de este mecanismo político de reciclaje de superávits todavía puede sentirse en Estados Unidos en la actualidad. Cuando Wall Street se hundió en 2008, Nevada fue uno de los estados que sufrió con mayor intensidad. Cuando el desempleo, las bancarrotas y las ejecuciones hipotecarias se dispararon en Las Vegas y en su área metropolitana, el coste extra del Estado en subvenciones de desempleo y en fondos necesarios para reflotar los bancos de Nevada, fueron soportados no por los contribuyentes de Nevada, sino por el gobierno federal y las autoridades monetarias de Washington (la Fed y el FDIC).³¹

29. La Federal Insurance Deposit Corporation.

30. Cuando el presidente Roosevelt sugirió que los estadounidenses «sólo debían temer al miedo», hacía alusión al terror profético que impide que los fondos de excedentes privados se reinviertan cuando más se los necesita, y a la necesidad de intervención política que supera este miedo a través de la orientación de inversiones hacia estados y regiones en los que se concentra la mayor parte de la deuda, del desempleo y de los déficits. La visión de Roosevelt se vería reforzada más tarde, después de Pearl Harbor, por la iluminadora experiencia de su administración de dirigir la economía de guerra, reuniendo pruebas decisivas, si es que hacía falta alguna, de que un alto desempleo no tiene nada de natural y que la depresión es un fracaso de la política, no un acto divino al que debamos doblegarnos.

31. Vale la pena comparar el destino de Nevada con el de Irlanda, Estado miembro de la «otra» unión monetaria, la eurozona. Al igual que Nevada, en 2008, Irlanda se enfrentó a una crisis enorme de su sector inmobiliario y bancario. Pero, a diferencia de Nevada, Irlanda tuvo que espabilarse por su cuenta a la hora de apoyar a sus bancos y pagar sus subsidios de desempleo. A falta de una

No fue sólo un acto de solidaridad del resto de Estados Unidos hacia el estado de Nevada, sino más bien un mecanismo automático que intervino para impedir que el malestar de Nevada se extendiera más allá de sus confines. A través de la seguridad social, la intervención del FDIC, Medicare, etcétera, los superávits de estados con superávit como California, Nueva York y Texas fueron redirigidos *automáticamente* hacia las llanuras desérticas de Nevada para detener el mal. Muchos estadounidenses dan por sentado este mecanismo de reciclaje del superávit y olvidan que fue establecido por primera vez bajo la administración de Roosevelt, pocos años antes de que los mismos hombres acogieran la conferencia de Bretton Woods.³²

Keynes tenía, por lo tanto, buenos motivos para esperar que podría apelar a un New Dealer como White para aumentar la dolarización de Europa con la creación de un mecanismo político para reciclar los superávits a escala global. Puesto que si la «zona

impresión de dinero, tuvo que recurrir con la gorra en la mano a los mercados monetarios a tomar prestadas enormes cantidades de dinero que, en el caso de Nevada, habían sido proporcionadas a nivel federal. Naturalmente, los mercados monetarios, atrapados en su mentalidad de restricción crediticia, no estaban dispuestos a soltar su dinero por menos de unos tipos de interés de usura. Así, Irlanda acabó aceptando un enorme préstamo de los gobiernos europeos, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional, que convirtieron al Estado irlandés en insolvente y empujaron a su población a una situación de patrimonio negativo a largo plazo. Nevada, mientras tanto, salió rápidamente de la crisis y, comparativamente, con muy poca deuda.

32. De manera similar con el presupuesto militar estadounidense que, desde las primeras fases de la segunda guerra mundial, fue movilizadado no sólo con el objetivo de ganar la guerra contra Japón y Alemania, sino también la guerra contra la lacra del desempleo y la maldición de la pobreza que persistían como resultado de la Gran Depresión. Hasta hoy, cuando Boeing o Lockheed reciben contratos de defensa, estos tienen estipuladas cláusulas que los obligan a construir instalaciones de producción en estados deficitarios como Tennessee o Missouri. Este reciclaje de los superávits, introducidos por primera vez por los New Dealers en la década de 1930 y 1940, dotó a la «zona dólar», también conocida como... Estados Unidos de América, con un grado de protección de las recesiones que empiezan en las regiones deficitarias y se extienden como amenazadores incendios forestales a los estados con superávit.

dólar» tenía que ampliarse para incluir Europa, y más tarde Japón, desde luego el reciclaje político de superávits debía ampliarse todo lo lejos y a todo lo ancho que alcanzaba la jurisdicción de Bretton Woods.

«Nuestro superávit, nuestro mecanismo de reciclaje»

El plan institucional de Keynes para el sistema de Bretton Woods era maravillosamente grandioso. Incluía la creación de una nueva moneda mundial, un sistema de tasas fijas de cambio entre esta moneda mundial y las monedas nacionales, y un banco central mundial que gestionaría todo el sistema.

La finalidad de institucionalizar este sistema habría sido mantener la estabilidad monetaria en todas partes, mantener bajo control tanto los superávits como los déficits por todo el mundo occidental y, al primer síntoma de una crisis en una nación en dificultades, reciclar rápidamente los excedentes hacia ella para evitar el contagio al resto de países.

White también entendió la importancia del reciclaje político de superávits dentro del sistema global que estaban creando. Excepto que las propuestas de Keynes sonaban absurdas para sus oídos estadounidenses. ¿Está ese taimado inglés —debió de preguntarse— proponiendo en serio que los europeos tengan un voto mayoritario a la hora de decidir cómo reciclamos *nuestros* superávits? ¿Habla en serio?

Como buen keynesiano, White estaba de acuerdo en que Bretton Woods tenía que hacer algo más que dolarizar el mundo occidental. Reconocía la necesidad de un mecanismo de reciclaje administrado políticamente (desde fuera del mercado), lo que por supuesto significaba el reciclaje de los superávits estadounidenses hacia Europa.

Sin embargo, la idea de que los europeos en quiebra, que ya habían llevado al mundo por el trauma de dos guerras mundiales en menos de tres décadas y todavía anhelaban la reconstrucción de sus repulsivos imperios, quisieran ahora controlar los superávits americanos, era anatema para un New Dealer antimperialis-

ta y patriota como White. Era muy comprensible que no quisiera saber nada de la propuesta. Estados Unidos era la única nación con superávit y Estados Unidos decidiría cómo, cuándo y con quién lo reciclaría. No obstante, White escuchó educadamente mientras Keynes presentaba su grandioso plan:

Se crearía un Fondo Monetario Internacional (FMI) para que desempeñara el papel de banco central mundial. Como cualquier otro banco central, emitiría la moneda mundial: el *bancor*, como Keynes la llamó de manera provisional. El *bancor* no se imprimiría, del mismo modo que hoy la criptomoneda digital *bitcoin* no existe en forma material, excepto como una serie de cifras en una hoja de cálculo o dispositivo digital. Pero funcionaría igualmente como moneda mundial. Todos los países tendrían una cuenta en *bancors* con el FMI, de la que podrían sacarlos cuando compraran productos importados de otros países, y en la que otros países ingresarían *bancors* cuando sus ciudadanos o corporaciones compraran bienes y servicios del mismo. Así, todo el comercio internacional estaría denominado en *bancors* del FMI, la moneda global, mientras las monedas nacionales seguirían lubricando los engranajes de las economías nacionales.

Para este sistema resultaba esencial que hubiera una tasa de cambio fija entre las monedas nacionales y el *bancor*, y, por lo tanto, entre todas las monedas nacionales participantes. La junta del FMI, en la que estarían representadas todas las naciones, decidiría estas tasas de manera central y negociada. Luego serían ajustadas, siempre que fuera necesario, para que los países con superávits insistentes pudieran ver cómo sus monedas comprando cada vez más *bancors* (para que sus exportaciones fueran más caras y sus importaciones más baratas), y al contrario para las naciones con déficits persistentes.

Todavía más radical, el FMI de Keynes, reconociendo que el déficit de un país es el superávit de otro, impondría una tasa en el *bancor* de un país si sus importaciones y exportaciones divergían demasiado. La idea era penalizar ambos tipos de desequilibrio (tanto los superávits excesivos como los déficits excesivos; tanto las Alemanias como las Grecias del mundo) y, en el proceso, crear un cofre de guerra de *bancors* en el FMI para que, cuando hubiera una

crisis, las naciones deficitarias con problemas pudieran ser rescatadas y se impidiera que cayeran en el agujero negro de deuda y recesión que se podría extender por todo el sistema Bretton Woods.

White echó un vistazo a este imponente proyecto y rechazó de inmediato dos de sus puntos clave: la idea de una nueva moneda (el bancor) global en la sombra que estaría gestionada por un comité de gobierno del FMI en el que Estados Unidos sería uno más. Y rechazó también la idea asociada de poner impuestos a las naciones con superávit; en concreto, Estados Unidos.

Para White, el molde ya había sido decidido: Europa sería dolarizada y el dólar sería la moneda mundial. El bancor era una gran idea en un mundo multilateral, pero una broma en un mundo en el que el dólar ya había sido coronado rey y reina. Además, la idea de que el comité de gobierno del FMI, con una mayoría de europeos, impusieran gravar los superávits de Estados Unidos le parecía demasiado absurda. Estados Unidos era amo de su superávit y lo reciclarían ellos mismos, sin pedir permiso a un atajo de europeos arruinados para hacerlo.

En defensa del reino

Hacia finales de la conferencia de Bretton Woods, White había manipulado la propuesta de Keynes de manera tan ecléctica que su espíritu multilateralista había desaparecido. Sí, el FMI sería creado, pero su misión no sería crear una nueva moneda mundial.³³ La pérdida del bancor y la elevación oficial del dólar al ran-

33. Aparte del FMI, que sigue todavía con nosotros (haciendo, después de 1971, un papel muy distinto del que se le asignó en Bretton Woods), en la conferencia de 1944 fue diseñada una segunda institución: el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (IBRD, por sus siglas en inglés), hoy conocido sencillamente como Banco Mundial. Mientras que el FMI fue propuesto por Keynes como banco central mundial, para emitir y gestionar la moneda mundial, la función del IBRD tenía que ser movilizar los ahorros ociosos y transformarlos en inversiones productivas en naciones relativamente subdesarrolladas y deficitarias. Y del mismo modo que el FMI acabó funcionando de manera muy distinta, lo mismo ocurrió con el Banco Mundial. Sin embargo, de

go de moneda internacional significaba que el FMI no podría funcionar como banco central mundial. El papel había sido ahora asignado *de facto* al banco central de Estados Unidos, la Fed.

Desprovisto de su función de banco central, el FMI se parecería al consejo monetario de unas mini-Naciones Unidas en las que los representantes de los gobiernos nacionales, algunos de ellos más «iguales» que otros, regateaban constantemente las tasas de cambio de todas las monedas con el dólar. En cuanto al valor del dólar, este fue a su vez ajustado a una cantidad fija del oro del gobierno de Estados Unidos (35 dólares por onza, para ser exactos), contra la convicción de Keynes de que vincular el nuevo sistema a metales preciosos, el oro en este caso, era un peligroso retroceso a un pasado funesto.

Esta «arquitectura» global colocó al banco central de Estados Unidos, la Reserva Federal, en un lugar comprometido: se le pedía que emitiera el dinero del mundo sin tener una autoridad directa sobre sus tasas de cambio respecto del marco alemán, el franco francés, la libra esterlina, etcétera. Los bancos centrales de Europa se enfrentaban a un reto parecido: los políticos negociarían las tasas de cambio (bajo el auspicio del FMI), pero la defensa de estas tasas, principalmente de los especuladores, se dejaría en manos de los banqueros centrales.³⁴

Era como si el sistema de Bretton Woods hubiera sido diseñado para poner a los banqueros centrales contra los gobiernos; un conflicto que se hizo demasiado aparente una vez que el sistema empezó a tambalearse, hacia finales de la década de 1960. Algunas veces, las finanzas globales daban la sensación de ser un vehículo con muchos conductores, todos opinando a la vez, algunos de ellos sujetando el volante y los demás haciendo turnos para accionar el freno y el acelerador.

estas dos instituciones de Bretton Woods, el Banco Mundial es el que se mantiene más fiel a las intenciones que Keynes tuvo para él.

34. En este contexto, el FMI tenía un papel adicional: proporcionaría préstamos a corto plazo a naciones que precisaran defender su tasa de cambio debido a algún déficit comercial inesperado, o mientras el FMI estuviera en el proceso de aprobar una devaluación.